

# Reseñas de libros y revistas

## **"FRENTE AL PERU OLIGARQUICO (1928-68)" y "EL REFORMISMO BURGUES (1968-76)"**

Mirko Lauer (moderador), Félix Arias Schreiber, Manuel Damert, Gustavo Espinoza, Ricardo Letts, Carlos Malpica, Francisco Moncloa, Felipe Portocarrero. Mosca Azul, Lima, 1977 y 1978.

La izquierda peruana, capaz de expresar cíclicamente los encrespamientos reivindicativos populares, desde Mariátegui y Amauta no ha contado en el debate político nacional como una alternativa. Empieza a lograrlo ahora; y una desigual expresión de ello son los volúmenes que se reseñan, que recogen la discusión sostenida durante los primeros meses de 1977 por diversos dirigentes y personalidades de izquierda, a invitación e incitación de Mirko Lauer. Lo desigual del resultado puede tener que ver con la composición del grupo y los criterios no explicitados para invitar a algunos y excluir a otros (¿por qué no Quijano y Murrugarra, por ejemplo?). Sin embargo, lo hecho

con éstos se justifica en un volumen y no en el otro. Dada la marcada diferencia de calidad entre uno y otro tomo, es conveniente abordarlos por separado.

### 1

En el primer volumen, los temas en debate se refieren fundamentalmente a dos coyunturas, la de 1930 y la década del 60. Sin embargo, a partir de la discusión sobre ellas, aparecen una serie de materias relevantes. Uno es el papel de la intelectualidad en la izquierda; otro son las relaciones con el campesinado, que lleva una buena parte del tomo; por cierto, la izquierda misma es objeto de largo y provechoso debate; y, aunque la discusión debió llegar en este volumen sólo hasta 1968, algo se adelanta acerca del período de Velasco.

El interés del debate, en todo caso, no debe ser juzgado por el lector a partir de la Introducción escrita por Lauer, que caracteriza con cierta audacia el papel de la izquierda peruana. El adjudica al marxismo —contra el estudio

de las rebeliones campesinas previas al siglo XX— la capacidad inédita de plantear una crisis definitiva al sistema de dominación (p. 8); contrariamente a lo que revela el análisis del discurso intelectualizante de la izquierda, pretende que éste "se dirige fundamentalmente hacia quienes sufren la dominación" (p. 9), situando en el proletariado, con superficial optimismo, "las raíces de sustentación del discurso de la izquierda" hoy (p. 9). Por último, como innecesaria justificación al libro añade que el debate en el campo socialista peruano es y debe ser un debate autónomo, postulando "que es ya más fructífero el diálogo interno que la polémica con las posiciones del enemigo" (p. 14), lo cual muestra un triunfalismo que no sabe juzgar con equilibrio y realismo el avance —sólo relativamente importante— del planteamiento socialista en una sociedad en la cual predominan las ideologías conservadoras. Es prudente agregar que el papel del moderador en el diálogo, recogido en este

volumen, pese a lo anterior, es oportuno y que las cuestiones por él sometidas a discusión han sido muy sagazmente escogidas, como lo prueba el resultado del debate.

La cuestión de la izquierda en la coyuntura de 1930 permite que los participantes concuerden en dos aspectos; uno es que, dadas las condiciones del capitalismo en el país, el desarrollo del proletariado era débil —en lo cual disiente Dammert (p. 24)—; el otro es el rol equivocado del PC, en lo cual Espinoza obviamente está en desacuerdo. Malpica sostiene que el Apra interpretó mejor la coyuntura y Portocarrero apunta la relación del PC con el Partido Comunista de la Unión Soviética para explicar la falta de una estrategia adecuada a la realidad peruana de esa circunstancia. En esto último Letts lleva la voz cantante con una buena argumentación.

En el análisis de la década del 60 se alcanza una mejor caracterización histórica que en la precedente; evidentemente, esto guarda relación con el hecho que la mayoría de los participantes la conocen a través de la experiencia política. Se pasa revista al ascenso de la movilización popular —campesina y urbana—, juzgándose simultáneamente el comportamiento político de la izquierda: el PC vuelve a recibir cargos —a pesar de los inteligentes contraargumentos de Arias Schreiber deslizados como preguntas— y el foquismo es teóricamente desmontado, aunque políticamente resulta rescatado con saldo positivo según la mayoría de los intervinientes. Portocarrero —quien hace el mejor análisis de la década— subraya que la falta de dirección política convierte la movilización popular en “masa de maniobra” de los nuevos partidos reformistas y relaciona tal falta de dirección con la ausencia de renovación en el análisis de la sociedad, desde los años treinta (p. 53).

Precisamente, la contribución de los intelectuales a la izquierda motiva una aguda discusión entre

Letts y Moncloa (p. 91). Sostiene el primero, como Arias Schreiber, que la intelectualidad ha sido decisiva en los partidos políticos de izquierda. Replica el segundo, concordando con Espinoza, que esta sobrepresencia ha copado el frente popular y se ha convertido en causa de la fragmentación de la izquierda.

El campesinado es caracterizado como “la principal fuerza democrática” (p. 120) por Letts, quien hace notar cómo la burguesía disputa al proletariado la alianza con este sector. Dammert enfatiza que la contradicción de una sociedad dependiente impide el desarrollo del campo (p. 124). Pero este tema lleva a uno de esos clásicos empantanamientos de la discusión de la izquierda —sociedad feudal o capitalista— que, probablemente, es uno de los aspectos de menor provecho en el volumen.

El período de Velasco —al cual se ha dedicado íntegramente el segundo volumen— recibe ya algunos avances en la discusión de éste. Letts sostiene que desde 1968 un sector medio nacionalista o progresista asume un rol hegemónico, determinante, sin romper la alianza de la clase dominante (p. 144) y caracteriza la doble cara de las reformas (p. 145), progresistas y de contención a un tiempo. Se discute muy de paso sobre las empresas agrarias adjudicatarias (p. 127) y Moncloa muestra su perspectiva al sostener que si en vez de atacarse el modelo de reforma agraria “se hubieran cuestionado las otras relaciones capitalistas que ahogaban al campesinado, se hubiera obligado a la socialización... y el proceso hubiera avanzado” (p. 151); óptica simplificada de quienes se identificaron con el gobierno de Velasco.

Los polos, a través de la discusión, pueden ser ubicados en Gustavo Espinoza y Manuel Dammert. El primero, muy preocupado por el tema de la represión —que explica, según él, la frustración del PC en el 30 (p. 18) y que es la principal consecuencia de la movilización de Hugo Blan-

co (p. 182)— es permanentemente arrinconado en la discusión, a través del cuestionamiento del rol del PC. Su habilidad en la discusión no encubre su falta de solidez en la argumentación, patente, por ejemplo, en su caracterización del Perú como país “mine-ro-industrial” (p. 182); no asiste a la fase de la discusión acerca del campo y su nota escrita con posterioridad al debate muestra que no tenía mayor cosa que decir.

En el otro extremo, Dammert aparece frecuentemente con una rigidez esquemática al hacer su análisis. Esto lo lleva a la ligereza histórica de calificar a Piérola como “almacenero del latifundismo” y a Leguía como “demagogo insustancial y Chauvinista” (p. 177); y a sostener que en el 30 “en nuestra Patria se hacía ya presente una clase revolucionaria que puede dirigir el conjunto de la nación, resolver las cuestiones nacional y agraria, agrupar al campesinado, a la pequeña burguesía, a las clases democráticas y progresistas para hacer la revolución”. (p. 24), basándose sólo en la calidad de los planteamientos de Mariátegui pero no en la fuerza social efectiva de los sectores populares. Esto es, también, lo que lo impide una visión crítica del movimiento estudiantil de los últimos años para el cual reclama el título de “aliado de la clase obrera y el campesinado, dando grandes combates nacionales y estudiantiles” (p. 181). Hay que decir que no es ésta la lectura de la historia que urgentemente necesita la izquierda y el movimiento popular. Significativamente, ausente Espinoza del diálogo, Dammert queda aislado frente a un consenso razonable que desautoriza su esquemática aproximación al tema de la sociedad peruana, capitalista o feudal.

El balance del volumen es muy positivo. No sólo la iniciativa de editar este debate socialista ha sido correcta; el resultado es importante. En él está la izquierda discutiendo, con su capacidad y sus limitaciones, la historia de

este siglo; probablemente, con deficiencias históricas —como ha apuntado Baltazar Caravedo— pero anotando hechos muy importantes y poniendo de manifiesto una capacidad general para analizar y evaluar nuestro proceso social.

En el lado de las limitaciones hay que anotar la tendencia a un cierto mecanicismo que aflora sólo eventualmente (Letts, p. 49 y Arias Schreiber, p. 51 y 92), para encontrar en la evolución económica o en el imperialismo la directa explicación de resultantes políticas. De otro lado, el debate padece de ausencia de datos, de información más concreta. A menudo, la conceptualización requeriría apoyarse mejor en hechos para que la generalización cobrara solidez. Sin embargo, nada de lo dicho debe quitar méritos y, sobre todo, interés al tomo.

Una observación marginal. Mucho de lo discutido plantea una urgente tarea para la intelectualidad de izquierda: hacer la historia del PC; cuestión inmediata, indispensable, que debe ser un aporte clave en el desarrollo de esta izquierda que es crítica frente a la sociedad y tiene que ser crítica frente a sí misma.

## 2

El lector que se haya entusiasmado con el primer volumen, se desilusionará con el segundo. El prometedor análisis del período de Velasco es frustrado por razones formales y de fondo. En las primeras destaca el problema de una falta de trabajo de edición: se han transcrito las actas del debate, con todas sus idas y venidas sobre diversos temas, sin ordenarlos y compaginarlos; muchos paréntesis de la discusión han permanecido, atentando contra la fluidez de la lectura; consecuentemente, los títulos de las partes del volumen no corresponden sino muy parcialmente al contenido discutido en ellas. Las limitaciones de fondo tienen que ver básicamente con la calidad de los aportes; pero una falta esencial es que la discusión no es acumulativa. Fuera de frecuentes encontronazos po-

lémicos, cada uno sigue su propia intervención anterior, haciendo que el diálogo a menudo sea un pretexto que permita a cada cual dejar registrado su punto de vista. A todo esto se añade, en perjuicio del volumen, un sinnúmero de erratas que hace pensar que no hubo corrección de pruebas, en marcado contraste con la limpieza del primer volumen. Dos son los temas centrales de este tomo: la caracterización del período de Velasco y el rol jugado por la izquierda en él. El primer tema es resumido como "el reformismo burgués" en el título, que Lauer explica en la Introducción como "la idea de que es posible resolver los problemas históricos del pueblo peruano sin la previa instauración de un poder popular y la destrucción del Estado burgués" (p. 7) y como "un proceso de reformas emprendido por un sector de la burguesía con el objeto de adecuar a sus necesidades la fisonomía económica, social y cultural del país" (p. 8). Si lo primero es insuficiente, lo segundo aparece contradicho por argumentos sostenidos en la discusión misma. En el propio análisis de este primer tema, Letts enfatiza la importancia dominante de los factores internos a la sociedad peruana como desencadenadores del velasquismo (p. 22), probablemente en negación de las conocidas tesis de Aníbal Quijano. Mientras tanto, Dammert ve la etapa como el intento de la clase dominante por adecuar el país al régimen capitalista (p. 27), por iniciativa de los grupos monopolísticos y contra la pequeña y mediana burguesía (p. 58); dentro de esta lógica, lo que explica las reformas es el temor a la revolución popular (p. 161) y el derrocamiento de Velasco es consecuencia de su incapacidad de detener la revolución popular (p. 28). Paralelamente, Arias Schreiber considera a la etapa como una revolución "que representó históricamente los intereses de clase de la burguesía, así ella no lo comprendiera en un momento" (p. 38), salvedad con poca capacidad explicativa que permite a Moncloa

hacer notar que la burguesía no aceptó las reformas porque podían afectar su sustento fundamental (p. 39); según él, era la movilización política lo que no interesaba al imperialismo y la burguesía y por eso es que ambos se enfrentan al gobierno (p. 80); en eso sustenta Moncloa su tesis acerca de que la situación en la etapa creó "impulsos revolucionarios" (p. 20).

Felipe Portocarrero apunta que, dentro del proceso de la crisis oligárquica, se produjo una "autonomización de los sectores burocratizados" que generaron un proyecto anti-oligárquico e inconsecuentemente nacionalista (p. 44-45); vinieron a conjugarse así "el estilo jacobino de las capas medias burocratizadas, con pretensiones y aristas utópicas en las reformas realizadas" y "el establecimiento de un área de capitalismo de Estado asociado y subordinado al capital imperialista, así como el intento de imponer un control corporativo como forma de dominación política" (p. 46). El balance muestra una relativa homogenización de la burguesía y un agravamiento de las contradicciones del capitalismo dependiente en el país (p. 87). Sin duda, es esto lo mejor dicho en la discusión.

Malpica se preocupa del rol definitorio de la ayuda externa en el proyecto militar, factor sobre el cual se hizo descansar el plan de desarrollo económico, que ha producido una distorsión de nuestra economía (p. 118-119); y pone de manifiesto el tránsito de la fuerza armada de la primera la segunda fase, como una consecuencia del copamiento militar de la estructura del Estado y de la consiguiente vinculación con la burguesía (p. 177). A lo cual Gustavo Espinoza añade la subsistencia de una "izquierda militar, de nuevo tipo" (p. 199).

Letts se contradice, tres páginas mediante, al afirmar que "el curso del proceso estaba sellado desde su inicio" (p. 69) y, luego, que el proceso podía salirse o no de su cauce, según lo que hiciera la izquierda (p. 72). Este introduce al segundo gran tema

de discusión —el rol de la izquierda— para el cual Letts vuelve a proponer su táctica de “penetración del campo enemigo, de utilización de sus contradicciones” (p. 73). A esta discusión, Dammert aporta la constatación de una izquierda desorientada frente al proyecto de Velasco, que se queda sin programa, como fruto de una larga tradición reformista (p. 93). Arias Schreiber insiste largamente en la tesis de que había que dividir a la Fuerza Armada (p. 145), contrariando las razones dadas por Moncloa (p. 151) y Espinoza (p. 147, 152). Portocarrero acota que no se trataba tanto de la unidad sino del control de la Fuerza Armada, pero que civilmente este mito de la unidad intentó subordinar el movimiento popular al liderazgo de una vanguardia militar que era controlada burocrática y no políticamente; lo cual paralizaba y desmovilizaba las luchas de base (p. 155-156).

La discusión se concentra entonces, sobre el Partido Comunista-Unidad y su apoyo al régimen de Velasco, tema que es largamente debatido. Espinoza sostiene que el régimen no fue anti-obrero y que en él los trabajadores alcanzaron importantes posibilidades de lucha y de trabajo, “por la coyuntura política excepcional que se vivía” (p. 107). Yendo más allá, sostiene que “el programa básico de la izquierda era el programa del equipo militar revolucionaria que estaba conduciendo Velasco y la izquierda militar” (p. 108), de lo cual deduce que a la izquierda y al PC le restaba sólo combatir las consecuencias del gobierno. Este planteamiento logra la unanimidad en contra. Dammert hace notar que así, sin programa propio y tras Velasco, no se desarrollaba fuerza política (p. 125). Portocarrero anota el carácter burocrático del control del PC (p. 129). Letts recuerda las relaciones de dependencia entre el PC peruano y el de la Unión Soviética (p. 167).

La discusión sobre las alternativas de izquierda al PC se pone luego sobre el tapete. Espinoza

contrataca sosteniendo que el PC sí intenta resolver los conflictos sindicales, mientras que la ultrazquierda sólo busca medrar partidariamente de los mismos (p. 140, 225). Letts y Moncloa explican los límites de estos grupos, refiriéndose a su extracción pequeñoburguesa, llena de caudillismo, con poca experiencia y comprensión acerca del enemigo de clase, y padeciendo infiltración policial (p. 166). Moncloa subraya que “la izquierda no llega a conformarse como una izquierda nacional” (p. 191), pese a su crecimiento dentro del proletariado más radicalizado, y debido a la competencia por este mercado político restringido, dentro de un creciente divisionismo traído del nivel internacional. Enfatiza que la izquierda no se dirige a los sectores no organizados de la población, que son los mayoritarios (p. 192). Malpica complementa con su testimonio acerca de la fugaz presencia de esta izquierda en los conflictos sindicales, presencia que llega y se va con ellos prescindiendo del trabajo permanente en el medio obrero (p. 218-219). Y Letts hace una interesante evaluación de las posibilidades y límites en la movilización campesina de Andahuaylas en 1974 (p. 208).

El balance de la izquierda que emerge de este período, tampoco logra acuerdos. Dammert afirma que en él se “va unificando y rehaciendo el conjunto de la izquierda” (p. 182), aseveración que no parece sustentarse en evidencias. Lauer se contradice; mientras en la Introducción del volumen sostiene que la izquierda desdibuja sus diferencias y en ella asoma una correcta estrategia de poder de las masas (p. 10), afirma luego que “la izquierda llega debilitada al final del proceso velasquista (...) en una situación similar, o peor, a la que vio en 1967” (p. 70). Portocarrero responde bien a ambos falsos extremos sosteniendo que en el balance se combinan avance y crisis: no logra cristalizar una sólida dirección política con orientación clara y rumbo preciso, lo cual precipita una agudización

de las luchas intestinas (p. 130). Si resulta útil contrastar el valor de las contribuciones personales, en el punto más bajo está Manuel Dammert, con demasiadas afirmaciones extremadamente gruesas: la Fuerza Armada llevó a Belaúnde al poder (p. 55), el Apra ha desaparecido como partido de masas (p. 96), el desarrollo del capitalismo favorece a la clase obrera (p. 160)... todo lo cual rebaja su nivel de análisis. En el otro extremo, Felipe Portocarrero aporta una visión de orden panorámico, que sin embargo sabe mostrar hechos concretos en el análisis; el lector siente que Portocarrero logra empinarse por encima de la discusión menuda y airear la perspectiva. El nota la autonomización política de los sectores populares (p. 193), movilizados más en términos sindicales que políticos (p. 226), y plantea la crisis de orientación del movimiento popular en 1976, determinada por el fracaso de la línea impulsada por el PC que desgarneció a los sectores populares respecto a la ofensiva económica y política del gobierno de la segunda fase (p. 230). Finalmente, Portocarrero predice que, por haber agotado Velasco el programa reformista de la pequeña burguesía, no será nuevamente posible la “convergencia de sectores de la burguesía con capas medias y sectores populares bajo un programa antiimperialista” (p. 184). Ojalá no se equivoque.

En síntesis, es éste un volumen de lectura tediosa, con pocas páginas de interés para el estudioso del período de Velasco y algunas más para quien quiera estudiar a la izquierda y sus límites.

Luis Pásara